

## MANDA A LOS POBRES

**U**N arbitrista, al estilo de esos que en tiempo de Cervantes pretendían remediar la miseria y postración de España, disponiendo que todos los súbditos de catorce á sesenta años ayunaran una vez al mes, y que el gasto que hacían en otros condumios de carne, huevos, pescado y legumbres se entregara á Su Majestad so cargo de juramento—uno de esos tales se quejaba el otro día del despilfarro que es propio de nuestra gente. Tira el indio, que en llenar la hucha del cura y en quemar algunas libras de pólvora, invierte los ahorros de un año; tira el obrero, que gasta el lunes

en aguardiente el jornal de la semana; tira el mozo de servicio, que por comprarse una pantalonera y un sombrero relucientes de plata, se priva de ropa blanca y hasta de sustento; tira el empleadillo, que á cambio de corbatines vistosos para él y de faralae y estrepitosidades para su mujer y sus hijas, destierra del fogón doméstico la carne en todas sus formas . . . .

Alguien sacó á relucir al minero, dueño de excelente jornal, y á veces hasta de una fortuna, que desperdicia todo entre amigos ó en el juego; otro habló de los profesionistas y otro mencionó á los políticos.

Todos esos, dijo el señor Cura, serán ejemplos concluyentes; pero para contrarrestarlos está allí el campesino. El tipo del rancho pródigo, del rancho derrochador y manirroto, no se conoce en nuestras campiñas. Hasta cuando va á la ciudad con el objeto aparente de gastar y darse la gran vida, el campesino siempre economiza, siempre tiene la esperanza oculta de hacer algún negocito que le rezarza de lo que ha dejado en manos de tenderos melosos y de hosteleros ruines y mal mirados. Por

eso los ratas, grandes concedores del corazón humano, buscan para víctimas de la *monedita*, del *cambiazo* ó del *testamento*, no á los petimetres y lechuguinos, sino á los sujetos de sombrero ancho, pantalón ajustado y chaqueta que deja ver los lomos.

Y para muestra de lo que digo, tengo un caso vivito y coleando que ustedes van á apreciar en su justo valor. Todos conocieron á don Lorenzo Martínez, aquel viejecito con aspecto de santo de Berruguete, seco, amojamado, con dos ojuelos chiquillos y traviesos que se revolvían llenos de vida entre párpados colgantes y sin vigor, como se remueve el feto en el seno de la madre muerta; con barbilla blanca, escasa y dispersa como la yerba del campo agostado; vestido con las famosas calzoneras de *tapa balazo* y el algodón de cuero, que pasaron á la historia de la indumentaria pintoresca de nuestros rancheros sin dejar tras sí huella ninguna; hábil, discreto, agudo, callado é incapaz de manifestar preferencias por nada. Todo el mundo creía á don Lorenzo, un pobretón que se la buscaba tarde y mal con la garrilla de tierra he-

redada de su padre, que había distribuido á su vez la legítima recibida en seis partijas, correspondiente una á cada uno de sus seis hijos varones. Pero cuál fué el espanto de todos cuando al sacarse á remate el precioso ranchito de San José del Agua Caliente, don Lorenzo aprontó, peso sobre peso, los cincuenta mil del valúo y se quedó con el inmueble, deshaciendo las combinaciones de todos los que se lucran sumas haciendo falsas posturas.

El viejecito, ora por el régimen alimenticio que llevaba, ora por la edad, ora, que es lo seguro, porque á su Divina Majestad le había placido señalarle el término de su vida, llegó á las cercanías de su hora postrera.

Cuando me llamaron lo ví pálido, inerte, cerrados los ojillos que le daban apariencia de vida y sin más signo de existencia que un horrible estertor y un hipo contumaz que partían el alma.

Sin embargo, se confesó cristianamente, recibió el Sagrado Viático con muchos extremos de devoción y me hizo ciertos encargos que me dieron á conocer que aquel pe-

cador no había llegado á perder el buen entendimiento que lo había acompañado siempre. Allí mismo ví al notario, don Toribio de la Mora, quien me aseguró que el testamento de don Lorenzo era un modelo de claridad y precisión. Tras de nosotros, en un caballejo *mondongo* de los que llaman de *carretela*, llegó el médico, Manolito Ramos, que conducía un arsenal de medicinas é instrumentos: éter sulfúrico, nitrito de amilo, jeringuillas, frascos para el suero esterilizado, qué se yo. Ver al enfermo y sentirse el pobre muchacho como si le hubieran dado un palo en parte noble, fué todo uno. "No hay esperanza," exclamó en voz alta, dejando caer los brazos y sin temor de que lo oyera el viejo, que de seguro dialogaba á aquellas horas con las benditas ánimas del purgatorio.

Por fórmula escribió una Manuel, encargó algo á las muchachas, Isabel y Teresa, que lloraban como unas Magdalenas, y pretextando que en el pueblo lo esperaban la mujer del Jefe Político y la del Juez de primera instancia, que se hallaban fuera de cuenta y empeñadas en una amistosa

pero reñida competencia por dar hijos á sus respectivos consortes, se despidió de la familia.

Cuando estaba ya listo el mózo que los había de acompañar á él y á don Toribio, pues yo me quedaba allí para rezar al paciente aquel las oraciones de los agonizantes y los padre nuestros del camarero, cuando hubiera necesidad de ello, Manuel se acercó al cuasi difunto, calzadas las espuelas y con la cuarta en la mano, y en voz alta, pues el enfermo casi no oía, le dijo:

“Soy yo, el médico, Manuel Ramos, hijo de su compadre don Trinidad, el de la tienda de “La Camelia.” ¿No me conoce?” Algún signo debe de haber hecho don Lorenzo, aunque yo no lo ví porque quedaba cabalmente tras de Teresita, aquella granadera alta como la torre de la parroquia. “Está malo, continuó Manuel; pero no de muerte. Aquí le dejo una medicina; aplíquesela, pero más bien tome cosas de sustancia: huevos, pan, vino, leche. Mande que le maten una ternerita para que tenga carne fresca, y disponga que después le hagan cecina suave y bien guisada.”

Transcurrió un breve espacio, el consejero aguardó la respuesta, y al fin, con gran trabajo, entre hipo, trasudores y desmayos, como si cada palabra le saliera de lo íntimo del alma, don Lorenzo dijo, despegando la lengua de las secas fauces:

—No, hijo, no; que tope en una cabeza y no en dos—refiriéndose á la becerria de que había hablado el físico.

Después de un colapso, nos llamó á todos y nos dijo con algo más firme: “les recomiendo encarecidamente á los pobres.” El alma se me llenó de placer pensando que determinaría cualquiera manda para los necesitados de la parroquia, que sólo yo sé cuántos son y la situación en que se hallan. “Si se trata de un codicilo, le dije, llamaremos al notario y en un periquete estará aquí.” “No, dijo con energía, no; les recomiendo que no dejen que los pobres *pepenen* maíz en los potreros, en tiempo de *pizca*; es mucho lo que se pierde.”

Dos días más duró el enfermo, conservando hasta el último momento todas sus facultades. Cuando estaba dando las boqueadas, una de las muchachas acercó de-

masiado al moribundo un cirio de la Candelaria, que tan eficaz es á la hora de la muerte; y vimos á don Lorenzo que no bullía pie ni mano, agitar una de éstas, y le oímos decir vagamente algo que á mí se me figuró: "Oh, Dios, ya basta," aunque otros de los presentes dijeron que había sido: "no, no, se gasta."

15 de julio de 1900.

## MORTAL POR ESENCIA

**L**OS bravucones seguían agrupados á la mesa del cafetín, refiriendo campañas y encareciendo proezas que no había más que oír: ni los soldados de Gonzalo de Córdova, ni los de Cortés, ni los propios Hércules y Teseo, habían ejecutado la mitad de las hazañas que aquellos valientes, postergados y en desgracia, á pesar de sus méritos.

Y en verdad que eran hermosas testas las de los tales: con grandes bigotes, frentes calvas y abovedadas, narices rectas, ojos en cuya expresión cabían todos los desdenes, todas las furias y todas las con-